Globethics Repository



Algunas reflexiones sobre el pentecostalismo latinoamericano y sus implicancias ecuménicas [Some reflections on Latin American Pentecostalism and its ecumenical implications]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Dayton, Donald W.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-07 12:37:56
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155753

Algunas reflexiones sobre el pentecostalismo latinoamericano y sus implicancias ecuménicas

Donald W. Dayton

Al finalizar un período sabático de estudio y enseñanza sobre el pentecostalismo en el contexto latinoamericano, se me han pedido algunas reflexiones basadas en mi experiencia. Me he preguntado si soy yo quien debiera hacer un análisis tal. No soy pentecostal, ni soy latinoamericano. Sin embargo, he estudiado el pentecostalismo por algunas décadas, y he visitado la mitad de los países latinoamericanos. De esta manera, pues, deseo comentar mi propia perspectiva en el horizonte de la comprensión del lector.

En primer lugar, he orientado teológicamente mi propio estudio sobre el pentecostalismo (1). He tenido suficiente empatía con el mismo como para llegar a ser electo primer presidente no pentecostal, no carismático, durante los años 1988-1989 de la Sociedad para Estudios Pentecostales, una asociación teológica de la tradición pentecostal ubicada geográficamente en los EE.UU., pero con una membresía mucho más amplia. También me han interesado especialmente las consecuencias del impacto social del pentecostalismo y el amplio rol ecuménico que desarrolla el movimiento. Ultimamente he actuado como consejero sobre el tema para el Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra, y en varias otras reuniones, y he participado en la comisión sobre Fe y Orden en el Consejo Nacional de Iglesias de los EE.UU. en la organización de un diálogo entre el Consejo Nacional de Iglesias y representantes de varias iglesias pentecostales. Ha-

(1) **Theological Roots of Pentecostalism**, Metuchen, New Jersey: Scarecrow Press and Grand Rapids, Michigan: Francis Asbury Press of Zondervan, 1987. Será publicado en español por Nueva Creación en 1991.

blando con franqueza, tengo que decir que mis perspectivas están marcadas por estas experiencias.

La realidad del pentecostalismo latinoamericano

América Latina parece ser el continente en el que el pentecostalismo ha encontrado su destino. En la mayoría de estos países, el pentecostalismo constituye la mayor parte del protestantismo. El crecimiento extraordinario del protestantismo en muchos países latinoamericanos está incentivado por los esfuerzos de los pentecostales. David Stoll ha estudiado este fenómeno y lo ha expuesto en un libro (2), cuyo título induce serias preguntas sobre el futuro religioso en esta región. El proyecta el crecimiento de los protestantes en cada país de acuerdo al índice de crecimiento que se dio entre 1960 y 1985. Estima cifras, ciertamente más conservadoras que algunas otras que escuché en Chile, que registran los siguientes resultados para el año 2010 en países donde el pentecostalismo ha sido quizás más influyente, como en Chile, 38,8 %, Brasil, 57,4 % y Guatemala 126,8 %.

Nunca uno sabe qué hacer con tales estadísticas, y con toda seguridad, los patrones de crecimiento son sólo una dimensión de la vida de la iglesia. Sin ninguna duda, habrá que hacer alguna corrección en las estadísticas de crecimiento en el caso de Guatemala, donde las cifras de Stoll determinan más protestantes que ciudadanos para el año 2010. Sin embargo, aun con cierto escepticismo respecto a las cifras estadísticas, uno debe admitir que el pentecostalismo está generando profundos cambios, y un fermento religioso en Latinoamérica.

Algunos afirman que ya ahora hay más fieles protestantes que católicos en países que por tradición son católico-romanos, como Chile y Brasil; y que los católicos se están convirtiendo en protestantes en esta región en mayores proporciones que en la época de la Reforma.

Cualquiera sea la posición que uno tome con respecto al pentecostalismo y a proselitismos semejantes, se debe admitir que algo muy importante está ocurriendo en el escenario religioso latinoamericano. En el futuro,

(2) **Is Latin America Turning Protestant?: The Politics of Evangelical Growth**; Berkeley: University of California Press, 1990.

será imposible pensar la realidad latinoamericana sin prestarle atención al fenómeno del pentecostalismo, y viceversa, será imposible pensar el futuro del movimiento pentecostal sin prestarle atención a su acción en América Latina.

La invasión de las sectas norteamericanas

He quedado asombrado al ver en varios países sudamericanos, cómo habitualmente el pentecostalismo ha sido analizado en términos de su supuesto rol en la invasión de las sectas, que generalmente provienen de EE. UU. Ciertamente, hay algo de verdad en esta perspectiva. En cierto sentido, el pentecostalismo, particularmente en este primer siglo de su existencia, ha manifestado características que técnicamente podrían ser llamadas sectarias (en el sentido de las tipologías sociológicas de Weber, aplicadas a la teología por Ernst Troeltsch y H. Richard Niebuhr). También es verdad que la libertad religiosa y una nación joven como los EE.UU. en el siglo XIX, dieron lugar a que se desarrollaran muchos nuevos movimientos cristianos (Discípulos de Cristo, Adventistas, Iglesias de Santidad, Pentecostalismo, etc.), así como movimientos religiosos marginales (Ciencia Cristiana y Mormones). Sin embargo, generalmente se puede observar que la clase de análisis que se hace en tales estudios es muy superficial y no ayuda para nada en una comprensión ecuménica.

Es aún más superficial pensar que el pentecostalismo es una exportación norteamericana. Uno de los resultados de mi estudio de las raíces teológicas del pentecostalismo, fue darme cuenta cuán internacionales son sus raíces, especialmente en el pietismo alemán y el metodismo inglés. Sin embargo, siempre se le ha dado una mayor atención a los eventos norteamericanos como la irrupción del pentecostalismo en la Escuela Bíblica de Bethel en Topeka, Kansas, en 1900; o la Renovación de la calle Azusa, en Los Angeles, California, a partir de 1906 en adelante. También es posible argumentar que el pentecostalismo apareció como una explosión espontánea en varias partes del mundo más o menos al mismo tiempo. Así el pentecostalismo sueco afirma tener orígenes independientes en las experiencias de Lewis Pethrus, y muchos de los primeros misioneros pentecostales

a América Latina fueron suecos. Es más, hay debates similares sobre la aparición independiente del pentecostalismo bajo el ministerio del metodista W. C. Hoover en Valparaíso, Chile, en 1909. En Chile las iglesias pentecostales nacionales y autóctonas existían mucho tiempo antes que llegaran las denominaciones pentecostales claramente norteamericanas. Y aun donde hay directa influencia norteamericana, es importante darse cuenta que el pentecostalismo es fundamentalmente una tradición disidente que se desarrolló en las clases marginadas en EE.UU. (los pobres, los negros, los inmigrantes, etc., en el sentido de un tercer mundo dentro del primer mundo).

Tampoco es muy útil pensar el pentecostalismo fundamentalmente en términos de una secta. Es comprensible que la Iglesia Católica Romana se sienta identificada con tal análisis en la medida que ve que su tradicional hegemonía religiosa es desafiada por el crecimiento de desavenencias y de movimientos de iglesias libres como el pentecostalismo. Lo que no es comprensible es observar cómo algunos protestantes latinoamericanos usan esta misma clase de análisis. No sólo el protestantismo en general, en América Latina, se ha portado de una manera sectaria (obviamente partiendo desde el punto de vista de su status como una pequeña minoría sitiada), sino que muchas de las ahora establecidas y tradicionales iglesias protestantes (especialmente los valdenses, metodistas, bautistas, etc.) han demostrado tener similares tendencias sectarias, especialmente en los primeros estadios de su desarrollo histórico. Me parece que es injusto comparar directamente, por ejemplo, el luteranismo, con casi medio milenio de historia, originado en las universidades alemanas, con el pentecostalismo, con menos de un siglo de vida desde su nacimiento entre los pobres. Y es fácil olvidarse que el metodismo fue visto (por los presbiterianos, por ejemplo) en el siglo XIX como el pentecostalismo es visto hoy día por los metodistas. Es lamentable que tales iglesias menosprecien en forma elegante al pentecostalismo como una secta.

Es más apropiado usar las categorías técnicas de análisis sobre sectas, desarrolladas por H. Richard Niebuhr (3), para entender muchas facetas

(3) **Social Sources of Denominationalism**; New York: H. Holt and Company, 1929.

del pentecostalismo como estadios en la evolución de una fuerza renovadora dentro del cristianismo. Las nuevas iglesias nacen entre los pobres, y a medida que avanzan en las clases medias toman características de iglesia de clase media, al tiempo que incorporan un poder renovador en las iglesias más tradicionales (vía el movimiento carismático, como en el caso del pentecostalismo). Por ejemplo, el metodismo fue introducido en los EE.UU. en 1780, pero no fundó seminarios teológicos hasta mediados del siglo XIX. En los EE.UU. los pentecostales también parecen cumplir etapas de desarrollo semejantes ya que la mayoría de los seminarios pentecostales norteamericanos (como instituciones de grado) sólo tienen una o dos décadas de vida. Y una teología crítica, estudios bíblicos y una ética social probablemente se desarrollarán sólo en la segunda y tercera generación de tales instituciones. Sin embargo, en algunos lugares los pentecostales están adelantados sobre este tema, especialmente donde han saltado uno o dos estadios y ocupan cátedras en las principales facultades de teología.

Así pues, si bien valoro el análisis sectario sobre el pentecostalismo, no lo encuentro apropiado, especialmente en la forma superficial en que se lo usa para proyectar una opinión negativa sobre este movimiento. Su uso crea barreras para el entendimiento entre las partes. Los pentecostales perciben esta opinión negativa y dudan que ellos puedan tener un tratamiento justo mientras que las iglesias más tradicionales adopten una forma de análisis que les impida poder ver las facetas extraordinarias del pentecostalismo, constituidas por dones que les pueden traspasar a las iglesias más tradicionales.

Los aportes del pentecostalismo a las iglesias tradicionales

Es preciso ver más allá de los estereotipos y de los prejuicios, y con una apreciación más imaginativa, valorar los aportes positivos que pueden brindar vida a las iglesias tradicionales. A menudo, el carácter de estos aportes es sorprendente y contradice las caricaturas que se hacen del pentecostalismo. A continuación daré algunos ejemplos:

1) Muchos se han dado cuenta de la vitalidad que tiene la adoración y

la vida eclesiástica pentecostal. Muchas veces he sido alimentado espiritualmente y he superado la depresión por medio de la vigorosa y dinámica alabanza en las iglesias pentecostales. Es algo sumamente extraordinario que esta vitalidad emerja entre los pobres y los oprimidos, sin mucha razón exterior para tal alegría, optimismo y poder de adoración. Como ocurre con los negros en EE.UU., tal adoración parece crear una realidad alternativa que no sólo lo sustenta a uno a través de su monótona existencia mundana, sino que genera la fuerza con la que uno puede imaginarse un mundo nuevo y más justo, no sólo proveniente del exterior de este mundo, sino transformando la vida en él.

2) Creo que necesitamos ver más de cerca la experiencia pentecostal con casi un siglo de ministerio entre los pobres. Las iglesias protestantes más tradicionales han tenido dificultad en alcanzar a las clases sociales por debajo de las clases medias, en las que la mayoría están ubicadas. Los pentecostales han logrado penetrar en todos lados, de manera extraordinaria. Muchos de nosotros nos hemos convencido que las Escrituras y la fe cristiana revelan un favoritismo de Dios hacia los pobres y los oprimidos que requiere de la iglesia una opción preferencial hacia los pobres. Sin embargo, es muy difícil poner en práctica esta convicción y transformar concretamente la vida de cada iglesia. Creo que debemos estudiar la vida de los pentecostales para encontrar pistas y resolver esta tarea. Sin embargo, muchos tenemos prejuicios sobre cómo debiera ser el ministerio con los pobres. Necesitamos estar más abiertos a las posibilidades que podríamos descubrir, y evitar la trampa, muchas veces observada por un amigo mío pentecostal que enseña en un seminario en EE.UU., de abogar por ser una iglesia de los pobres, mientras en secreto despreciamos la religión de los pobres.

3) Podemos ver dentro del movimiento pentecostal nuevas formas de vida eclesial y ministerial que tienen mucho que enseñarnos, o por lo menos recordarnos el poder que tales formas han tenido en otros períodos de renovación. Particularmente, estoy de acuerdo con el rol del laicado y la manera en que toda la iglesia pentecostal está organizada para evangelizar, para adorar o para cualquier otra actividad. Hay pocos espectadores e inte-

grantes nominales de la iglesia en el mundo pentecostal. A menudo, a aquellos que demuestran tener potencial se les encarga el liderazgo en las aulas, en la evangelización y en cosas parecidas con más celeridad que en las iglesias más tradicionales. Frecuentemente, gente con muy poca educación formal, pero con una habilidad de liderazgo natural, se vuelca a las iglesias pentecostales donde sus capacidades son reconocidas y utilizadas con mayor facilidad.

4) Creo que debemos prestarle mucha más atención que la usual a la historia del pastorado de mujeres en las iglesias pentecostales. Generalmente se asume que el ministerio de las mujeres ha sido promovido por las iglesias protestantes más liberales y ecuménicas. Esto no es del todo cierto. El pastorado de mujeres fue promovido en gran medida dentro de la tradición de santidad (el Ejército de Salvación, la Iglesia Nazarena), de la cual surgió fundamentalmente el movimiento pentecostal. Recientemente, el ministerio femenino ha sido aceptado por las iglesias más tradicionales. Muchas iglesias pentecostales, especialmente en los EE.UU., tienen una amplia experiencia con el ministerio ordenado de mujeres. La Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular fue fundada por una mujer, Aimee Semple McPherson. Por varias razones, éste no ha sido el caso entre las iglesias pentecostales negras y latinoamericanas, quizás por la influencia del machismo. Este ministerio de las mujeres ha tomado varias formas, a veces combinado con una visión más activista del rol de las mujeres en la sociedad, y otras veces combinado con un punto de vista más tradicional del rol de la mujer en la familia. Pero es una experiencia enriquecedora que tiene que iluminar los debates del tema en otras iglesias.

5) El pentecostalismo también tiene contribuciones teológicas que hacer. Aunque el movimiento no ha hecho esto hasta ahora en espacios académicos de teología sistemática u otras formas tradicionales de literatura teológica, de muchas maneras ha estado haciendo este aporte a través del movimiento carismático. La mayor parte de la discusión del siglo XX sobre el carisma provino de la presión de los pentecostales y la tradición carismática. Es difícil que cualquiera que haya tenido una exposición profunda al pentecostalismo pueda leer el Nuevo Testamento como se hace de manera tradicional. El pentecostalismo recientemente ha empezado a in-

fluenciar nuestras formas de hacer teología, y tendrá un profundo impacto en el futuro.

6) El movimiento pentecostal también tiene una rica tradición de indigenización e inculturación, que muy bien podría ser estudiada por las iglesias más tradicionales. Esto es especialmente una realidad en las iglesias pentecostales nacionales, criollas o autóctonas que, o tienen orígenes independientes, o han surgido de cuerpos misioneros más amplios. El fenómeno similar de las iglesias africanas independientes, frecuentemente tiene raíces pentecostales. En mi opinión, también estas iglesias están entre las más interesantes de las iglesias pentecostales, llenas de sorpresas por la forma de su reflexión teológica, por la naturaleza de su compromiso social, y por su sorprendente apertura ecuménica, que es tan frecuente.

Críticas al pentecostalismo

Debe ser claro, por lo dicho hasta aquí, que guardo grandes reservas sobre algunas de las críticas frecuentes hechas al pentecostalismo, o por lo menos estoy inclinado a tener un punto de vista menos tolerante respecto a algunos argumentos que son reiterativos. Voy a comentar brevemente tres de las críticas más importantes:

1) Los pentecostales son fundamentalistas. Esta afirmación depende muchas veces de lo que se quiera decir con fundamentalismo. Los pentecostales tienen claramente una tendencia a leer la Biblia más literalmente que algunas otras tradiciones cristianas. Además, algunos temas, como la aceptación de los milagros y otros, generalmente requieren, por lo menos, alguna aceptación del supernaturalismo clásico. Si es esto lo que se quiere decir con la palabra "fundamentalismo", entonces los pentecostales siempre van a ser vistos como fundamentalistas por algunos cristianos más modernos. Pero uso la palabra "fundamentalista", en un sentido más técnico, para referirme a aquellos que intentan defender la forma del protestantismo ortodoxo, creado en los siglos XVI y XVII, y especialmente su doctrina de la inerrancia de las Escrituras frente a la crítica bíblica del Ilumi-

nismo y las formas de pensamiento históricas y relativistas. No veo al pentecostalismo en esta perspectiva, al menos por dos razones. En primer lugar, históricamente el pentecostalismo está en la línea del pietismo, que compartía muchas de las críticas del Iluminismo a la ortodoxia, inclusive a la inerrancia de las Escrituras, y con mayor facilidad asimilaba las formas de pensamiento críticas e históricas. En segundo lugar, creo que es más preciso describir al pentecostalismo como precrítico más bien que anticrítico en el sentido fundamentalista. Todavía no sabemos cómo va a reaccionar el pentecostalismo cuando logre la ubicación y formación educativa y social con las cuales asumir con más amplitud estas cuestiones. La actual evidencia es ambigua. Muchas denominaciones pentecostales, especialmente la Asamblea de Dios, se han movido en esta perspectiva fundamentalista, pero otras se han volcado en otras direcciones. Sin embargo, tengo amigos pentecostales que parecen no tener problema en la asimilación de una perspectiva más crítica, mientras mantienen su teología pentecostal.

Uno también debe tomar en cuenta la existencia del movimiento carismático, que en varios contextos denominacionales, quizás el más notable entre católicos, le ha dado a la teología pentecostal una articulación teológica que no es fundamentalista en ningún sentido, ni aun técnico. Este hecho constituye, para mí, una evidencia de que el pentecostalismo no necesita ser fundamentalista en su teología. Es más, ciertamente espero que el movimiento carismático influenciará la forma de reflexión teológica de las tradiciones pentecostales de manera tal que las conduzca lejos del fundamentalismo.

2) Los pentecostales están haciendo una huelga social. Esta es una crítica muy común, que ciertamente tiene algo de verdad. Claramente los pentecostales no gravitan hacia los estilos del testimonio social, cuestiones que dominan la vida de las iglesias protestantes tradicionales y los relacionados círculos ecuménicos. Si hemos de tomar esto como criterio con el cual medir el testimonio social responsable, entonces los pentecostales ciertamente no alcanzarán la medida, por lo menos en la situación histórica presente. Habrá algunas pocas excepciones extraordinarias, principalmente en iglesias pentecostales de color, y alejadas del pentecostalismo dominante. Esta crítica fue desarrollada especialmente por Christian Lalive

d'Epinay en su libro **El Refugio de las Masas** (4), un estudio del pentecostalismo chileno auspiciado por el ala de misiones del Consejo Mundial de Iglesias. Lalive estudió cómo los pentecostales perpetuaban dentro de sus iglesias las estructuras de la vieja sociedad feudal y el sistema de caudillaje, mientras daban sus espaldas a este mundo y sus seducciones por la causa de un mundo más espiritual.

Pero ésta no es la única lectura que uno puede hacer del pentecostalismo. En un libro publicado unos pocos años antes, Emilio Willems (5), aunque coincide en muchos puntos con Lalive, observó, en el pentecostalismo en Brasil y en Chile, un movimiento más revolucionario, en el cual un igualitarismo evangélico era un reto fundamental a las jerarquías heredadas tanto de la sociedad como de la Iglesia Católica Romana. Esta no es una discusión nueva. Los mismos debates se dieron alrededor del metodismo en el siglo XVIII. E. P. Thompson, en su libro **The Making of the English Working Class**, hizo críticas similares sobre el metodismo en relación a la constitución de la clase trabajadora inglesa. Pero historiadores y teólogos continúan debatiendo esta cuestión. Berard Semmel ha argumentado en su estudio **The Methodist Revolution**, que el metodismo tuvo un profundo impacto revolucionario en la emergencia de la sociedad británica, que pasó de estructuras de clase medievales a un igualitarismo moderno. Es posible argumentar que el pentecostalismo debería ser interpretado en una perspectiva similar. Quizás se requiera aquí una distinción entre impacto social y testimonio social. Sin asumir las formas de testimonio social, más común en algunas iglesias más tradicionales, las iglesias pentecostales, quizás, tengan un profundo impacto social en el sentido de ordenar y disciplinar las vidas de numerosos nuevos cristianos luchando por sobrevivir a toda clase de privaciones, proveyendo una vida familiar estable para los niños, mediando ciertos valores igualitarios modernos, facilitando la elevación social, etc.

(4) **Haven of the Masses**; London: Lutterworth Press, 1969. Edición española, Chile, 1969.
(5) **Followers of the new Faith**; Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 1967.

Hay dos temas teológicos que son esencialmente importantes en esta discusión. Con frecuencia, los pentecostales han sido profundamente influenciados por una escatología premilenarista, que es más apocalíptica en su carácter, de tal manera que enfatiza que cualquier cambio en este mundo ha de ser discontinuo y que vendrá desde afuera por el regreso de Cristo. Generalmente, esto ha aparejado un tipo de rechazo fundamental del mundo, como señala Lalive. Aun en este caso, la situación es un tanto ambigua. Un amigo mío, David W. Faupel (6), quien terminó el año pasado su tesis doctoral, intentó interpretar el pentecostalismo en términos de su escatología, y argumentó que es el centro de la teología pentecostal, especialmente en los primeros años. El sugiere que el enfoque del premilenarismo no capta totalmente el impulso fundamental de la escatología pentecostal, la cual, según su apreciación, también tiene una dimensión postmilenarista, que frecuentemente ha sido asociada con reformas sociales. Faupel argumenta que en el pentecostalismo hay una especie de rebalse escatológico dentro de este mundo, que puede y motiva un tipo de reformas sociales. Y uno puede ver algo de este desarrollo en numerosos lugares. Lo más notable es el Obispo Earl Paulk, quien ha fundado una iglesia independiente, que forma parte de la ecuménicamente orientada Comisión Internacional de Iglesias Carismáticas, que se ha movido radicalmente en esta dirección, desarrollando una teología del reino con implicancias sociales directas. Este movimiento tiene gran influencia, no sólo en EE.UU., sino también en Brasil y en otros lugares, en virtud de relaciones con denominaciones locales.

En segundo lugar, la teología pentecostal ha sido acusada de ser dicotómica, aun maniquea, y quizás docética en su hiperénfasis en lo espiritual y lo trasmundano. Sin embargo, yo tiendo a leer la teología pentecostal, por su naturaleza, de una manera más holística, y creo que aquellas lecturas ignoran la doctrina de la curación divina, que no es otra cosa que una afirmación del valor del cuerpo, y por extensión, de este mundo. La doctrina pentecostal de la sanidad por la expiación es una clara afirmación de que las intenciones de salvación de Dios incluyen lo físico así como lo

(6) **The Everlasting Gospel**; University of Birmingham, 1989.

espiritual. Entre tanto, la teología pentecostal todavía no ha desarrollado este tema, pero lo contiene potencialmente.

Este último punto tiene una llamativa e histórica confirmación. Una de las más influyentes, aunque poco conocidas, corrientes de mediados del siglo XIX, fue una serie de eventos en el despertar de un exorcismo que tomó lugar bajo el ministerio de un pietista tardío, Johann Christoph Blumhardt, en el sudoeste de Alemania. Este evento tuvo gran influencia en personajes tales como Oscar Cullmann, Paul Tillich, Karl Barth y Jurgen Moltmann, quienes reconocen haber tomado temas fundamentales del trabajo de Blumhardt y su hijo. Pero poco se reconoce que el movimiento curandero del pentecostalismo puede ser rastreado en su origen en la misma fuente. El exorcismo llevó a los Blumhardt a reflexionar más cuidadosamente sobre la interrelación que hay entre la salud espiritual y física, y a desarrollar un centro de retiros espirituales en Bad Boll. Lo que realmente es interesante, es que este mismo exorcismo jugó un papel primordial en la aparición del socialismo religioso en Suiza. Leonard Ragaz, socialista religioso suizo y una de las influencias más grandes en Barth, argumentaba que en este evento se recobraba el sentido de la verdadera presencia de Dios en este mundo para transformarlo en lo personal en la sanidad, y socialmente, en la visión de los socialistas religiosos. El hijo, Christoph Blumhardt, encarnó ambos lados de este desarrollo, en el que se convirtió en un evangelista de sanidad, y sirvió como socialista en la legislatura de esa parte de Alemania.

Todo esto es para sugerir que la teología pentecostal es más compleja de lo que a veces aparenta ser, y que tiene temas compensadores que pueden y parecen mantener perspectivas de transformaciones sociales. Si el pentecostalismo estuviera en una huelga social, lo cual no acepto de ninguna manera, ésta no sería la última palabra. En la medida que el pentecostalismo penetra en las clases medias y es forzado a desarrollar una teología de este mundo y una ética social, y en la medida en que sea reconocido cada vez más como una fuerza política a ser tomada en cuenta, el movimiento muy bien puede moverse en algunas nuevas e inesperadas direcciones. Pienso que hay claras señales de esto en la actualidad.

3) Los pentecostales no son ecuménicos. Aquí nuevamente hay algo de

cierto en esta afirmación. Con algunas excepciones muy marcadas, como ser la Iglesia Pentecostal de Chile, la Iglesia de Dios en Argentina, Brasil para Cristo, y la Comisión Internacional de Iglesias Carismáticas, los pentecostales se han quedado al margen del movimiento ecuménico del siglo XX. Sin embargo, aquí otra vez la situación es ambigua. Como voy a sugerir, esto no se debe solamente a los pentecostales. También es cierto que las iglesias tradicionales han rechazado a los pentecostales y los han marginado de muchas maneras. Es un hecho interesante que la primera confesión de fe pentecostal de la Renovación de la calle Azusa, expresa un compromiso hacia la unidad cristiana. Por supuesto, como muchos nuevos movimientos, los pentecostales esperaban que esa unidad viniera bajo sus términos y alrededor de sus temas. Pero fueron ellos los que tuvieron que ajustarse a una forma de existencia denominacional entre otras denominaciones, con sus respectivos puntos de vista sobre la verdad cristiana.

Sin embargo, la visión fundamental no se ha perdido del todo. Por el contrario, se ha reafirmado constantemente en varios puntos dentro de la historia pentecostal. Donald Gee defendió en Inglaterra la participación pentecostal en el movimiento ecuménico durante sus primeros años, después de la segunda guerra mundial. Y el sudafricano David Du Plessis dedicó su vida a la construcción de tales lazos hasta su reciente muerte, y participó en la mayoría de las asambleas del Consejo Mundial, y aun dirigió las reuniones. Hay señales de que esos primeros trabajos y esfuerzos están dando frutos y tienen aceptación en varios lugares. Hubo un diálogo Vaticano - Pentecostal por casi dos décadas. En los EE.UU. la Comisión de Fe y Orden del Consejo Nacional de Iglesias tiene un diálogo formal con pentecostales, que también han estado representados en las discusiones de esa comisión. El pentecostalismo holandés también tiene una historia de diálogo y compromiso con el mundo ecuménico. Además, espero que tales corrientes ganen fuerza especialmente en lugares como Latinoamérica, donde los pentecostales van a jugar un papel importante en el mundo eclesiástico y en la sociedad.

Los desafíos pentecostales al movimiento ecuménico

Este tema tiene dos facetas. No sólo debemos juzgar a los pentecosta-

les en términos de los criterios actuales del movimiento ecuménico. El pentecostalismo rápidamente deja sin efecto algunos de los prejuicios y limitaciones del movimiento ecuménico. Hay muchas formas en las que el movimiento ecuménico y las iglesias más tradicionales han expresado su carácter cerrado y estrecho. Con frecuencia experimento que ámbitos pentecostales son más sensibles y abiertos que los círculos ecuménicos. Me han negado más veces la comunión en las iglesias tradicionales que en las iglesias pentecostales.

Cualquier acercamiento del pentecostalismo hacia el movimiento ecuménico va a ocasionar un sinnúmero de preguntas profundas. Por ejemplo, surgirían las siguientes:

1) El pentecostalismo rápidamente va a suscitar la pregunta sobre la división de clases dentro del movimiento ecuménico. Particularmente dentro del mundo protestante, el movimiento ecuménico frecuentemente parece estar ubicado en las clases medias. Y es de recordar que son las iglesias tradicionales protestantes las que están con mayor fuerza detrás de las instituciones ecuménicas. En los EE.UU. el movimiento ecuménico ha tenido gran dificultad en conseguir que las iglesias negras se movilicen más allá de la simple afiliación nominal. El punto aquí es que las iglesias fuera de las clases medias son de mayor interés para el movimiento ecuménico si son iglesias de color. Poca atención formal se les ha dado a las iglesias blancas de clase baja, de las cuales las pentecostales son probablemente el mejor ejemplo. Si la *oikumene* incluye todo el mundo habitado, como frecuentemente se dice, entonces, con toda seguridad, incluye las iglesias de las clases bajas, quizás hasta con una posición de privilegio. Pero el mundo de las clases medias del movimiento ecuménico frecuentemente no es un lugar cómodo para las iglesias pentecostales, aunque quizás se está convirtiendo en algo más cómodo -para mejor o para peor-. Espero que cualquier nueva aproximación al pentecostalismo obligue a discutir algunas cuestiones sobre el movimiento ecuménico, sobre la extendida, pero poco reconocida, división de clases, tema que va a tener que ser encarado en una forma directa.

2) Un compromiso con el pentecostalismo también va a causar otras

preguntas muy interesantes sobre la teología eurocentrista del movimiento ecuménico. Por ejemplo, mis amigos ecuménicos en Ginebra están sorprendidos cuando sugiero esto. Ellos están orgullosos, y con mucha razón, de los esfuerzos del movimiento ecuménico de volverse del Oeste y del Norte hacia el hemisferio Sur, y al tercer mundo. En muchas formas lo han hecho bien en áreas de interés social. Sin embargo, no han sido tan efectivos reconcibiendo las dimensiones teológicas y eclesiásticas de esta misma reorientación. Por ejemplo, frecuentemente bromeo con mis amigos europeos, y les digo que los metodistas y los bautistas son tan marginales para el contexto europeo, que ellos no pueden imaginar un mundo como los EE.UU. en el cual los metodistas y los bautistas son el *establishment* protestante dominante, en protesta contra los cuales han surgido en el último siglo muchos movimientos religiosos, como los pentecostales. Y lo que es verdad para EE.UU., es aún más cierto para América Latina, donde el mundo protestante está dominado por estas corrientes más nuevas. Sin embargo, el compromiso ecuménico teológico y eclesiástico continúa alimentándose por la lógica europea, donde los temas fundamentales están formados por argumentos del siglo II, como la ruptura del Este y el Oeste, o del siglo XVI, como las divisiones producidas por la Reforma Protestante. Estas cuestiones son muy importantes, y sin embargo, surgen temas nuevos cuando se saca el diálogo fuera del contexto europeo, como por ejemplo, ¿cuáles serían las consecuencias sobre las relaciones católicas romanas y pentecostales en Sudamérica, si los luteranos y los católicos romanos en Europa llegaran a un acuerdo sobre la justificación? Los argumentos del siglo XVI no son centrales para nada en la vida del pentecostalismo. No tiene sentido que el documento de Fe y Orden sobre Bautismo, Eucaristía y Ministerio, el gran logro ecuménico del siglo XX, pretenda reflejar la *oikumene*, cuando refleja el mundo de las iglesias tradicionales, en las cuales la problemática sobre el orden eclesiástico y los sacramentos mantiene aún el lugar más importante. Todos los partidos del mundo cristiano todavía no están a la mesa del diálogo, y hasta que lo estén, aún algunos de los grandes logros ecuménicos van a aparecer como las conclusiones categóricas del mundo de las iglesias más tradicionales en oposición a las iglesias más nuevas, como el pentecostalismo, con sus eclesiologías más pneumáticas.

3) Un compromiso con el pentecostalismo implicará para el movimiento ecuménico una visión más compleja y dialéctica de la relación entre la unión y la división cristianas. Con mucha frecuencia se afirma con facilidad que la división es siempre mala, y que la unión es siempre buena, y que finalmente el siglo XX es la era de la unidad después de siglos de desafortunadas divisiones. Me pregunto si esta afirmación última se puede mantener históricamente. Uno sólo tiene que mirar al complejo mundo del pentecostalismo para preguntarse si no se han formado comparativamente más iglesias nuevas en el siglo XX que en cualquier otro período histórico anterior. Y, ¿no es la condición humana tal, que cualquier movimiento de renovación va a traer como consecuencia su propia inevitable división? Ciertamente, aun los esfuerzos renovadores del movimiento ecuménico y la unión de varias iglesias en el siglo XX, han tenido sus propios rebotes negativos. Es necesario desarrollar una visión mucho más profunda de la unidad del cristianismo, que dé lugar al surgimiento de nuevas corrientes en la iglesia, con su inevitable divisibilidad; una unidad que pueda tolerar y convivir con tal ambigüedad por causa de la renovación dinámica que involucra.

ATLAS erials

Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.